



Hipertexto 17
Invierno 2013
pp. 32-45

**La creación de la comunidad gay
en la escritura de Raúl Rodríguez Cetina**

Juan Carlos Rocha Osornio
The University of Western Ontario

Hipertexto

“El espacio puede ser tan frío,
voy flotando rumbo al vacío,
atravesando el ecuador,
entrando en conjunción,
destino el desvarío...”
La Prohibida¹

Antonio Marquet afirma en *El crepúsculo de heterolandia: Mester de jotería* (2006) que, hasta el momento, la historia de la comunidad gay se ha formado desde afuera, es decir, desde el punto de vista de la heteronormatividad patriarcal ya que “apenas empezamos a explorar” (466-467). Las consecuencias que conlleva ignorar la gaydad son claras: desde la inferioridad impuesta al homosexual por su afrenta ante el binomio hombre/mujer hasta la visión negativa que aquel interioriza de sí mismo, motivo del escarnio y oprobio de la sociedad que ve en la homosexualidad una de las mayores faltas existentes, ciñéndonos a la visión del imaginario social mexicano. En sus obras *El desconocido* (1977) y *El pasado me condena* (2009), Raúl Rodríguez Cetina (1953-2009), problematiza la concepción de la comunidad gay formada a través de su propia subjetividad al mostrar los mecanismos sociales y familiares que operan en ella. Además, con el fin de detallar esta concepción, el autor nos revela buena parte de su vida mediante el relato autobiográfico, presentando así algunos de los elementos más comunes tocante a la formación de la comunidad gay, espacio forjado que desarticula los roles identitarios impuestos desde la normatividad heterosexista. Así, vemos que a partir de la década de los años 60 y 70 las primeras agrupaciones de los movimientos LGBTTT son de vital importancia en el tratamiento del tema y su relación

¹ La Prohibida es el nombre artístico de Amapola López, nacida como Luis Herrero Cortés, cantante travesti de nacionalidad española que interpreta canciones al ritmo de música electrónica y pop (electropop). Actualmente es considerada una de las figuras artísticas más emblemáticas de la cultura gay en España y Latinoamérica. Ha trabajado en cine y televisión, además de haber sido candidata para representar a España en el concurso Eurovisión en el año 2008 con su canción “One way interrail.”

con la literatura como apunta Marquet en el prólogo de su libro *¡Que se quede el infinito sin estrellas! La cultura gay al final del milenio* (2001): “La sola cronología de la novela homosexual revela el fuerte movimiento de salida del clóset [...]. Es evidente que la década de los sesenta ha demostrado ser parteaguas por lo menos en cuanto a vida civil se refiere” (17).

Para abordar la manera en que emerge la comunidad gay en la obra de Rodríguez Cetina, se analiza² el papel del protagonista-narrador a través del relato autobiográfico basado en la vida personal del autor. En breve, esta actuación se explica en la teoría de Michel Foucault, que postula que es necesario llegar a un punto convergente entre los polos hetero-homo, sin que esto signifique una ruptura con la causa gay, por lo cual “no solamente debemos defendernos sino también afirmarnos como identidad, como fuerza creadora” (citado en Eribon 452). Dicho ímpetu se matiza con la (re)creación autobiográfica adoptada por Rodríguez Cetina y que tiende a mostrar la manera que la comunidad gay, en su conjunto, se encuentra en proceso de construcción, en tránsito, es decir, entre el vaivén de la entrada y la salida del clóset; el cual otorga testimonio del rumbo hacia donde se dirige este conglomerado cambiante. Al respecto (y a modo de ejemplo) cabe preguntarse: ¿Cómo es la comunidad gay? ¿Cómo se construye dicho espacio en las novelas analizadas? ¿Qué formas utilizan los protagonistas homosexuales para convertirse en dueños de su propia voz? ¿Cómo es el discurso que articula su búsqueda de identidad? ¿Cómo se subvierte la heteronormatividad patriarcal? Para dar respuesta a estas preguntas y observar la articulación del espacio gay en los textos propuestos de Rodríguez Cetina, será necesario un acercamiento a algunos de los rasgos principales de la autobiografía como género literario, seguido de un breve compendio de la literatura mexicana de temática homosexual en sus inicios.³

La dimensión central de la obra de Rodríguez Cetina se presenta en relación a lo acontecido en su vida personal y que comienza a revelar desde su primera novela *El desconocido*, en la cual nos acerca de primera instancia a la violación sexual que sufre a temprana edad, hecho que marca profundamente el devenir de su futuro. A partir de entonces, el acto de escritura se convierte en su *salvación personal* por medio de la confesión, como postula el teórico Georges Gusdorf en su célebre artículo “Condiciones y límites de la autobiografía” (1956), al tematizar contra el supuesto positivista sobre la posibilidad de reconstruir el pasado de manera objetiva. Además, señala que la autobiografía es la construcción de los recuerdos: Un yo que ha vivido elabora un segundo yo producto de la escritura. De ahí que el propósito número uno de la autobiografía sea la salvación personal, es decir, la creación del sujeto de referencia (citado en Rodríguez 10). Esta búsqueda se muestra en el intento de Rodríguez Cetina

² Agradezco el apoyo incondicional de mi supervisor de tesis Dr. Rafael Montano en la revisión de este artículo. Cualquier error remanente es mío.

³ Cabe subrayar que sus obras *El desconocido* (1977) y *El pasado me condena* (2009), no corresponden al género de la autobiografía en el amplio sentido de la palabra, como en su caso lo es (o por lo menos suele considerarse por la crítica) el trabajo de Reinaldo Arenas en *Antes que anochezca* (1992).

por mostrarnos su verdadero yo (exaltado y creado), producto de una vida trágica como insiste en el prólogo de su última novela *El pasado me condena* y que cito extensamente a continuación:

Me resultaba necesario escribir este libro de relatos autobiográficos por el deseo de rescatar algunos recuerdos que no fueron novelados en tantos libros que, de alguna manera, terminan conformando una sola historia. Comprendo la opinión de algunos amigos escritores quienes han publicado que cada novela da la impresión de ser la continuación de la anterior. Creo que fue involuntario, no programado y que respondió a la necesidad de desnudarme emocionalmente por medio de la literatura con la intención de apaciguar los recuerdos que me torturaban. Las historias de este libro son diferentes, pero estoy consciente de que, en los relatos, con frecuencia menciono los temas recurrentes y obsesivos que han caracterizado mi obra. No se trata de una repetición inconsciente porque tampoco se imponen en la trama de cada anécdota, en las que dominan los personajes que inspiraron su escritura. Antes de su publicación, leí veinte veces este libro y decidí que debía publicarse tal como está, para poder justificar que el pasado me condena. En algunos relatos se menciona el mismo recuerdo traumático, todo con el fin de reforzar la anécdota narrada. También siento que con estos relatos autobiográficos cierro el ciclo temático que me dominó desde mi primera novela. Es demasiado temprano para imaginar qué es lo que vendrá a continuación, pero siento la insoportable necesidad de continuar escribiendo.
(12)

Desgraciadamente, poco tiempo después, sobreviene su muerte. No obstante, confirma mediante estas palabras el proyecto general de su obra que se basa en incorporar relatos vivenciales. Es así como a través de la reconstrucción de su vida personal nos hace partícipes del drama que plaga su vida y que en vano intenta superar mediante el proceso de escritura: principal catalizador del proceso de auto ayuda psicológica que traza en su obra.

Dentro del campo de lo que actualmente se denomina teoría contemporánea de la autobiografía se encuentran los postulados de Philippe Léjeune y Elizabeth Bruss. Léjeune toma el lugar del lector para establecer una especie de contrato, *El pacto autobiográfico* (1975), parafraseando el título de su libro, donde define la autobiografía como un “relato retrospectivo en prosa que una persona hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (50). Según esto, lo que hace que la autobiografía sea tomada como verdad es la identidad del autor declarada de manera explícita en el texto, tal y como lo hace Rodríguez Cetina en el prólogo de *El pasado me condena*, por lo que se establece el pacto con el lector que asume como verdadera la narración hecha por el autor de manera retrospectiva. Por su parte, Bruss continúa con la misma línea de pensamiento al atribuirles responsabilidad a ambos (autor y lector), aunque añade que el pacto autobiográfico está determinado por el escenario en el que se desenvuelve y por la comunidad literaria que trae consigo su propio modo cultural (citado en Ramírez 62). La advertencia contenida en el prólogo de *El pasado me condena*, así como las innumerables referencias hechas en la misma obra, ponen en aviso al lector sobre el

carácter autobiográfico de la misma, a la vez que remite al terreno de la carga sentimental: imbalance e inhabilidad del autor de escapar de sus traumas psicológicos.

La frontera entre autobiografía y ficción esbozada en las obras en cuestión está ligada, fundamentalmente, con la necesidad de liberarse y el deseo de escapar de una realidad cotidiana, que abarca tanto un nivel público como privado. Esto significa que la sexualidad de los personajes que recrean las obras a partir de la experiencia del autor, tejen entre sí vínculos de pertenencia, pero cuyo contenido es difícil de definir como si se tratase de una fórmula infalible. De esta manera se refiere Foucault a la problematización de erigir un concepto claro sobre qué es y qué representa la comunidad gay. En una entrevista que concede en 1982 en Toronto, Canadá, Foucault se muestra cauteloso de esbozar una concepción en particular. No obstante, deja en claro la necesidad de su proceso inventivo: “La idea de un programa de propuestas es peligrosa [...]. Debería haber una inventiva propia de una situación como la nuestra y de este deseo de lo que los norteamericanos llaman el *coming out*, es decir manifestarse. El programa debe estar vacío” (citado en Eribon 453). Aunque no puede evaluar certeramente a la comunidad gay, el reto fundamental emana de lo que Marquet considera su papel, como explica en su libro *El crepúsculo*:

Se trata de la arena en la que sin que se quiera conscientemente, está plantada la comunidad gay, donde el objetivo es desactivar el engolosinamiento heterosexual en la posición del poder. Es cuestionando cotidianamente, no cediendo, ganando cada una de las batallas en donde hay posibilidad de distender la tan difundida pulsión homofóbica. (50)

Bajo este escenario, se da cabida a la llamada de atención sobre la manera de auto representarse por parte de la comunidad gay, no solo a nivel personal, sino a través de la creación de un discurso colectivo.

Dentro del campo de la literatura mexicana de temática homosexual, específicamente la novela, se evidencian varias características que la sitúan en un espacio marginal. Desde su primera incursión a principios del siglo XX con la publicación de *Los cuarenta y uno: novela crítico social* (1906) de Eduardo A. Castrejón (seudónimo), nos encontramos con la reticencia de autores y críticos que encaminan el tema por la vertiente del heterosexismo compulsivo para hablar en términos Fosterianos.⁴ Dicho texto recoge el tema del escándalo público suscitado en 1901 a raíz de la detención de 41 hombres que celebran una *fiesta de travestis* (como se diría hoy en día) en la ciudad de México. Cabe señalar que la novela refleja un punto de vista estrictamente moralista y, por ende, altamente homofóbico, que equipara la homosexualidad con la depravación y la prostitución.⁵ Recordemos que a los

⁴ David William Foster explica que el heterosexismo compulsivo es el que excluye cualquier opción que se aleje de la reproducción humana (88).

⁵ Si bien la mayoría de los críticos opinan que esta obra es el perfecto ejemplo de una novela mal escrita, es importante subrayar que fue la primera en exponer el tema de la homosexualidad. Desde este ángulo el valor de la novela de Castrejón está en el contexto histórico que nos hereda

homosexuales en México se les llama despectivamente *putos* y a las prostitutas, *putas*. No obstante, con la entrada de los 41 a la escena social, el tema de los sométicos (palabra que surge al esdrújular los españoles la voz sodomita **FUENTE DE INFORMACIÓN**), resulta evidente e imposible de encubrir como solía ser común durante el siglo XIX. De ahí que surja la invención oficial del homosexual mexicano que, según Carlos Monsiváis, se adhiere a la imagen del hombre afeminado o rarito, es decir, “el más excéntrico de aquellos que han cometido el pecado irremisible: asimilarse a la conducta del género vencido para siempre: las mujeres” (50). La representación del homosexual según el prototipo del individuo afeminado que se viste de mujer ha sido desde entonces sinónimo de homosexualidad, no sólo dentro de los confines de la homoculturalidad,⁶ sino de la homotextualidad: “There is a sizable literature dealing with transvestites, who are looked upon primarily as a source for amusement for the ‘macho’ at whose hands they risk physical injury and even death” (Villanueva 22). Así, podríamos decir que el logro de esta literatura recae en la textualización positiva que hace del sujeto homosexual para mostrar la represión que lo ha acompañado y, al mismo tiempo, para exigir su reivindicación en el plano social. Si en el siglo XIX a la homosexualidad se le esconde a capa y espada, a principios del siglo XX se le instaura – con todo y el amaneramiento de los 41— en la copia de un capítulo nuevo que hasta la fecha se sigue escribiendo.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la representación del personaje homosexual gana fuerza a través de *El diario de José Toledo* (1964) de Miguel Barbachano Ponce y *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1964), escrita por Paolo Po (seudónimo). Debido al clima poco favorable hacia la conducta homosexual que impera en México durante la época ambas novelas pasan desapercibidas. Además, el uso de un seudónimo, como en el caso de Po, confirma el temor al que estaban expuestos los escritores que temían ser rechazados por ahondar en un tema calificado como tabú. En general la crítica considera la obra de Po junto con la de Miguel Barbachano, como el primer par de novelas de temática homosexual (Schneider 73). Desde luego que a medida que se indaga en el tema, nuevas anotaciones respecto a cuál fue la primera novela de temática homosexual en México continúan apareciendo. Afortunadamente en la actualidad la literatura de temática homosexual ha forjado logros positivos. Atrás quedaron las primeras novelas que abordan la imposibilidad del amor homosexual, el drama suscitado a raíz de la salida del clóset, y la mancha moral de saberse homosexual, características infalibles del patetismo melodramático que se solía explotar para producir literatura de corte homosexual. La reciente (re) publicación (2010) de la novela de Eduardo A. Castrejón (seudónimo), saca a la luz nuevamente el tema de la homosexualidad y lo lleva a la mesa de discusión, sobre todo a la de los lectores que no conocían el trasfondo histórico de la fiesta más famosa de México, y que José Guadalupe Posada se encarga de hacer famosa con sus dibujos y grabados a los que titula: “Los cuarenta y uno maricones y el

⁶ Término acuñado por Michael K. Schuessler para referirse a la homosexualidad mexicana de donde emanan figuras o “castas” como: “los jotos, las locas, los chichifos y los mayates mexicanos” (153). Para una descripción más detallada sobre estos términos véase el libro *México se escribe con J: Una historia de la cultura gay* (2010).

subtítulo de aquí están los maricones muy chulos y coquetones” (citado en Schneider 68).

Al reparar en la novela de Rodríguez Cetina, *El desconocido*, comenzando con el título, se intuye la carente falta de atención sobre la obra por parte del público lector y, por supuesto, la crítica literaria. Sin embargo, la novela es testimonio de una época de cambios importantes que surgen en materia de derechos humanos en torno a la comunidad gay, la cual reclama un lugar dentro del contorno político y social del México de los años 70. Además, se pondera la cuestión de la prostitución masculina y su relación con el turismo sexual que durante este tiempo experimenta un mayor auge a raíz de la precaria situación económica de los mexicanos, producto de la mala administración del gobierno en poder. Algunos de los pocos críticos que recogen en sus trabajos la obra de Rodríguez Cetina son: John S. Brushwood, Antonio Marquet, Oscar Eduardo Rodríguez y Luis Mario Schneider. Salvo por estas contadas referencias, la obra de Rodríguez Cetina se encuentra sumergida en el completo abandono, lo que confirma que la temática homosexual sigue siendo presa hermética del closet de la censura o, en el mejor de los casos, de la incomodidad, y que pese al continuo interés de escritores famosos,⁷ se ha mantenido al margen en comparación con otros tipos de literatura. Esto se debe al doble estándar de la sociedad mexicana que Rodríguez Cetina retrata en todo momento a través de su obra como cito a continuación:

No me agrada escribir sobre el mundo cultural y literario de México porque siempre me he mantenido al margen de los premios y becas que generalmente se otorgan por amiguismo y detesto a los grupos que viven del presupuesto cultural. Mi segunda novela *Flash Back*, fue también reseñada con buenos comentarios, aunque comenzaron a decir que mis personajes estaban atrapados por la soledad, en una atmósfera donde el personaje central carecía de la llave para abrir la puerta de la esperanza y del optimismo. Mi tercera novela, *Primer Plano*, tampoco cierra con el entendimiento existencial, al final queda la duda de si el personaje continuará en el mundo o mejor pondrá fin a su vida, ya que nunca encuentra la manera de comunicarse con una sociedad carente de cultura, drogada por la televisión. (73)

La crítica reacia que hace de la sociedad y la esfera literaria mexicana es, probablemente, una de las razones del poco éxito comercial de su obra. No obstante, de todos los escritores que profundizan en la literatura de temática homosexual, Rodríguez Cetina es el primero que se atreve a desafiar las convenciones de la época al retratar el tema de la prostitución sin ambages en su novela *El desconocido*, algo poco común para las convenciones de la época.⁸

⁷ Luis Zapata encabeza la lista con su famoso *Vampiro de la colonia Roma: Las aventuras y desventuras de Adonis García* (1979). Otros autores son José Joaquín Blanco, Luis González de Alba y José Rafael Calva, sólo por mencionar algunos.

⁸ Posteriormente Luis Zapata abundará en el mismo tema en su novela *El vampiro de la colonia Roma* (1979), aunque a través de una visión diferente.

El desconocido retrata la imagen de Rodríguez Cetina bajo el nombre ficticio de Narveli, el protagonista, quien se involucra en la prostitución masculina debido a su precaria situación económica a través de su amigo Anlino (Enrique más tarde, en *El pasado...*), quien le muestra el camino del oficio y sus artilugios. Mientras que para él mantener relaciones sexuales por interés económico con otros hombres le resulta fácil, a Narveli le sucede todo lo contrario: [...] me besa en los labios y me pregunta si me gusta. No respondo porque no sentí nada, era la primera vez que me besaban en la boca [...] ¿Por qué me preguntó si me gustaba? Comienza a fumar sin dirigirme la palabra. Siento que soy un estúpido que no supo ganarse veinte dólares” (61). Por un lado, Anlino muestra la imagen del gay posmoderno que, pese a su carácter pragmático, se proyecta como un sujeto seguro de sí mismo y que además pretende legitimar su condición de homosexual dentro y fuera de la comunidad gay, sin importarle el linchamiento social del que pudiese ser objeto. No obstante, el pasado de prostitución se convierte en un auténtico calvario para Narveli quien en repetidas ocasiones lamenta la comercialización de su cuerpo: “Ya era de noche cuando me despedí de mamá y caminé hasta el Parque Central para distraerme, para dar unos pasos que me relajaran, que me quitaran de la cabeza el arrepentimiento [...]. Cálmate amor mío, piensa en que tienes treinta dólares para sobrevivir durante varios días” (66). Así, podríamos decir que la diferencia entre ambos personajes radica en el esfuerzo que cada uno realiza por exaltar y/o reprimir sus propios deseos. La identidad gay de Anlino nos muestra su voluntad de luchar en contra del eco insistente del sistema heteronormado tradicional protagonizado por su amigo Narveli. Ambos se desplazan intermitentemente por esos *spatium continuum*, capaces de cambiar de posición o de permanecer en ella.

Retomando el planteamiento de Foucault y Marquet, cabe decir que *El desconocido* y *El pasado me condena*, facilitan la apertura del concepto de una comunidad gay en la literatura mexicana de temática homosexual. A pesar de que en las obras analizadas existen rastros de la noción negativa de la homosexualidad enmarcada en el afeminamiento patético y los estereotipos falsos que contribuyen a la degradación de los personajes homosexuales, el acercamiento que se hace del tema de la prostitución como eje central, nos exhorta a pensar en la representación del cuerpo homosexual bajo una perspectiva diferente –en oposición a la heterosexista— que lo sitúa desde el terreno de la violencia en todos sus niveles (Marquet 424). Para Anlino, auto reconocerse como gay, de alguna manera implica ser copartícipe del proceso de formación de la comunidad gay que está dispuesta a militar contra todos aquellos que atentan con su libertad; mientras que para Narveli (Rodríguez Cetina), la confesión de sus acciones entrevé un interés personal en proyectar el conglomerado que da vida a la comunidad gay de México, y que la mayoría de escritores no se ha atrevido a abordar en sus trabajos, más allá del contenido pueril. Además, si bien algunos de ellos han gozado de mayor fama y prestigio en comparación con Rodríguez Cetina, pocos en realidad han volcado su atención al elemento autobiográfico como recurso literario en la formación de sus obras. Es posible, también, que la incorporación de este elemento perdigue la necesidad de ir más allá de las aventuras y desventuras amorosas de personajes de corte homosexual, y así, alejarse del supuesto de que “para abordar la homosexualidad con medias palabras, en forma soslayada, era preciso

que se mostrara con matices de melodrama” (Marquet 327), como de hecho ocurre hasta finales de la década de los años 60 en México.

El acto de escritura de Rodríguez Cetina en su última novela *El pasado me condena*, intenta penetrar y vencer el lado fantasmal de sus traumas psicológicos, sobre todo para entender y justificar el porqué de la fatalidad de su presente desalentador. La soledad, el abandono, la necesidad de afecto, la violación sexual, el alcoholismo y la adicción por las pastillas tranquilizantes, constituyen algunos de los problemas que en vida encara y que de alguna forma lo llevan a su muerte. Cualquier duda surgida respecto al episodio clave de la violación, primeramente narrado en *El desconocido*, se disipa al momento que el autor toma control de su propio discurso sin anteponer el carácter ficticio de sus personajes: “Lo que sucedió fue la violencia física, en las afueras de la ciudad de Mérida. Tal vez por eso la misma ciudad no *me hace sentirme* a gusto en cada visita; en sus calles y en sus árboles *siento* ese ‘olor’ sexual que *no me abandona*. Y ese detalle *me hizo* vivir alejado de lo que llaman placer erótico” (15). La alta carga emocional descrita en este episodio nuevamente nos remite al propósito de su trabajo que, dadas las circunstancias, puede parecer un tanto dramático aunque no lo sea así: “Mi intención no es comenzar unos relatos autobiográficos de manera dramática, todo se contará paulatinamente, sin ocultar los estados de éxtasis que terminan en depresión” (16).

Como vemos, su intención no es la de conmover a un público lector en aras de resaltar el dramatismo de su existencia, sino simplemente plasmar sus traumas por medio de la tinta, para vez de sanar emocionalmente, tal y como le recomendara hacerlo su siquiatra a quien no le puede confesar de viva voz sus heridas, “entonces me pidió que mejor escribiera mis problemas mentales, suponiendo que así me sería más fácil confiarle mis secretos [...] me urgía sacudirme los fantasmas del pasado que me atormentaban y, debido a mi edad, creía que por medio del psicoanálisis iba a estabilizar mi sexualidad” (62). Aquí, Rodríguez Cetina se refiere a la inhabilidad de sostener relaciones sexuales con mujeres u hombres al asociar el elemento sexual con el recuerdo de la violación y de su época como prostituto: “Me aterrorizaba la idea de tener relaciones íntimas con cualquier género, los recuerdos del comercio sexual me provocaban rechazo contra los hombres y me causaba miedo no responderles físicamente a las mujeres [...]. Comenzó a presionarme, sutilmente, para tener una relación heterosexual” (61-62). Sin embargo, a juzgar por el protagonista, la primera parte del consejo del siquiatra no funciona (ya que nunca pudo disfrutar del sexo), aunque el hecho de plasmar sus problemas le resulta benéfico toda vez que logra ver en la literatura la tan anhelada ayuda que, a su modo de ver, ninguna persona le es capaz de brindar. En adelante, Rodríguez Cetina se vuelca a descargar su lucha interna con un pasado que considera culpable de su presente y futuro inciertos, como lo constata a través de su visión personal de la literatura, la que además “[...] no es tolerante con sus súbditos porque cuestiona, durante veinticuatro horas, todo lo que escribiste en el capítulo de la novela en proceso. Su gracia es la de provocar creatividad y permitir continuar en este mundo bastante complicado” (30). Si la literatura le permite seguir momentáneamente, el reto que ésta le lanza lo acorrala en una especie de callejón sin salida que prolonga su malestar interno y que se suma a la

hostilidad del mundo que lo rodea, por lo que se sugiere el eventual fracaso de una terapia mal suministrada.

La mención del pasado, es decir, el régimen terapéutico de Rodríguez Cetina se enmarca en una oración en general: “Pretendo hacer un recorrido por pasajes olvidados de mi vida, en su mayoría íntimos, pero que de alguna manera colaboraron, por la buena o por la mala, con el futuro de un hombre que ha vivido aferrado a la literatura como única justificación para continuar, todavía, aquí” (17). Bajo esta perspectiva adherirse (in)efectivamente a la terapia autoimpuesta significa expulsar los episodios traumáticos, como sugiere Marcelo Packman en su artículo, “Investigaciones e intervenciones en grupos familiares: Una perspectiva constructivista” (1994). Una de las formas que adopta esta terapia es la narración autobiográfica mediante la cual el paciente guía sus acciones presentes ante un interlocutor (en este caso Rodríguez Cetina a través del acto de escritura). No obstante, la justificación del presente dificulta la terapia ya que se corre el riesgo de entrar en un círculo vicioso que encubre el futuro bajo un disfraz de inevitabilidad. En el caso de Rodríguez Cetina, sentarse ante una máquina de escribir y narrar su vida, pasada y presente, lejos de ayudarlo, parece perjudicarlo; sobre todo si consideramos el tiempo que invierte tratando de sanar sus heridas (1977-2009), fecha que abarca la publicación de sus obras, y que culmina con el desenlace fatídico de su muerte en la soledad de su apartamento de la Ciudad de México durante el mes de noviembre de 2009 (Araujo Mondragón 1).

Bajo el ángulo en que se aborda la cuestión de la homosexualidad durante la época (después de la salida del clóset a nivel social y literario), Rodríguez Cetina apunta a dejar testimonio de la subjetividad gay como él mismo la observa, en medio de un discurso médico-sicológico que desde finales del siglo XIX se apodera de las prácticas sexuales al producir el modelo de normalidad sexual en Occidente.⁹ De ahí que, según, Foucault, la ciencia sólo ha:

...[s]ubdividido hasta el infinito a las perversiones, confeccionando extrañas taxonomías, dándoles hermosos nombres de bautismo a todos lo que se salen de la norma: exhibicionistas, fetichistas, zoófilos, zoorerastas, autonomosexualistas, mixoescopófilos, ginecomastas, presbiófilos, los invertidos sexoestéticos, las mujeres dispareunistas, etc. (citado en Eribon 384)

Rodríguez Cetina ve la probabilidad de sanar sus trastornos emocionales a través del psicoanálisis, lo que da cuenta de la importancia que ha desempeñado esta disciplina en el terreno de la homosexualidad. No obstante, a medida que la comunidad gay adquiere mayor presencia, su poder se disipa poco a poco como el autor nos explica: [...] creía que por medio del psicoanálisis iba a estabilizar mi sexualidad. Mi médico era freudiano y aquellas teorías comenzaban a pasar de moda. Tenía una foto de Freud en su consultorio. ¿Quién es él?, le pregunté una noche. Es mi padre, respondió” (62). En

⁹ En la Antigua Grecia se hacía énfasis del arte erótico que consistía en cultivar y diversificar los placeres. En contraposición, la ciencia vino a hacer del comportamiento sexual un objeto de estudio, lo cual impuso una pena grande en cuestiones de moral de la gente.

todo caso, lo que parece surgir es la formación de una subjetividad gay anclada en el psicoanálisis, y que Rodríguez Cetina pretende reprimir anteponiendo su inestabilidad psicológica. La relación del psicoanálisis con los estudios *queer* ha formulado diversos acercamientos. Por ejemplo, David Halperin se pronuncia en contra de esta disciplina puesto que la considera un arma de la heteronormatividad patriarcal; mientras que Leo Bersani la ve como un elemento imprescindible sobre la teorización de los *Gay and Lesbian Studies* (citado en Peña Sánchez 156). Por su parte, Antonio Marquet señala su importancia dentro de lo que constituye la gaydad en su libro *El crepúsculo... ya que* “es preciso tener conciencia que la revolución psicoanalítica, cuyos desarrollos promovieron la revolución subjetiva del siglo pasado, creó espacios subjetivos de los cuales la comunidad gay se ha visto particularmente beneficiada” (89).

La escritura autobiográfica es conocida como una manera eficaz de combatir situaciones traumáticas, como lo sugieren algunos estudiosos del tema que apoyan esta hipótesis. Siguiendo a Susan Bauer-Wu con su “terapia del diario” (Journal Therapy) y a James Pennebaker con su estudio sobre la “escritura expresiva” (Expressive Writing), es posible que dedicar 20 minutos a la escritura de pensamientos y situaciones íntimas pueda contribuir a sanar heridas emocionales surgidas a partir de experiencias traumáticas (citado en Pérez 1). No obstante, Pennebaker menciona que existen riesgos si se prolonga la escritura todos los días ya que “you risk getting into a sort of navel gazing or cycle of self-pity” (Griffith 1). Sin lugar a dudas, este último escenario es el que se manifiesta en la vida y obra de Rodríguez Cetina, víctima de su propio intento de salvación, pero que de alguna forma lo ayuda a auto crearse como escritor profesional y a descubrir la necesidad de la disciplina: “Antes de cumplir los veintitrés comencé a escribir mi primera novela, *El desconocido*; de inmediato comprendí que el oficio de escritor requiere de la soledad, que necesitaba estar solo en mi apartamento después de ocho horas de oficina” (67).

En tanto, la línea directa que traza el relato autobiográfico en ambas de sus novelas apunta hacia la necesidad de abordar temas relacionados con la comunidad gay, tales como la prostitución, la violación sexual, la homofobia, el miedo, y la confusión de muchos homosexuales que se ven acorralados por la sociedad al no poder expresarse abiertamente. Desde luego que el énfasis de esta problemática debe nutrirse de un acercamiento libre de prejuicios para no caer en estereotipos que sitúen el carácter de la homosexualidad en la degradación. Aquí, es importante hacer hincapié en la ambivalencia de los recuerdos vagos de Rodríguez Cetina, situación que lo instala en medio de una línea delicada, puesto que en determinadas ocasiones exhibe ciertos rasgos que apuntan a negar su sexualidad: “Para poder sobrevivir desempeñé varios trabajos no gratos. Fue en aquella temporada cuando conocí a Enrique. Desde el primer encuentro se dio la química. Siempre he sido lector de miradas y entendí que le había simpatizado. Él también me había conquistado pero me causó temor su comportamiento libre de prejuicios” (28). Enrique es la continuación del personaje de Anlino a quien conocimos en *El desconocido*, compañero de oficio de Narveli, y quien además muestra una marcada pose de afeminamiento por la ciudad de Mérida (concepción del homosexual por excelencia en el imaginario social mexicano y, por

extensión, latinoamericano), sin importarle la opinión de la gente. Al respecto, citaré unas palabras de Didier Eribon:

La vida de los hombres entre ellos, los barrios y los modos de vida gays son los espacios en que tales gestos son posibles sin que quienes los realizan arrastren el riesgo de agresión o insulto. Afirmar que eres gay significa poder cogerse de la mano, lo cual implica también que uno se proporciona los medios para hacerlo. (461)

La actitud despreocupada de Enrique lo catapultó invariablemente como protagonista activo de la causa gay. Para él, mostrar su amaneramiento o *jotería* libremente, entrevistó la formación de la comunidad gay; en marcada contraposición con Narveli, quien a pesar de haber confesado sentirse atraído por Enrique, no puede evitar poner en marcha una especie de escudo protector ante cualquier acción que lo identifique como homosexual, refiriéndose nuevamente al día en que “[...] le cancelaron para siempre su derecho a una sexualidad estable” (29). Según esto, la violación se esgrime como la culpable de su desgracia y que,

...[p]or eso [lo] atemorizó el comportamiento desprejuiciado de Enrique, porque [él] venía de los campos del exterminio sexual. De hecho nunca [ha] podido creer en el sexo como fuente de placer necesaria y de enamoramiento; para desdeñarlo se tienen que experimentar, finalmente, las dos opciones más comunes. (29).

No obstante, su experiencia con los dos sexos como atestigua, de alguna manera lo lleva a ver lo que Foucault enmarca como el surgimiento de la cultura gay a través de la intensificación de los placeres (citado en Eribon 457). Su paso por la prostitución y las relaciones sexuales que sostiene en vida con hombres y mujeres, nos habla de la insistente búsqueda de hacer valer su sexualidad, aunque cancelada como él mismo confirma. Pese a esto, Rodríguez Cetina reconoce que “tenía derecho a disfrutar [su] trabajo, pero sucedía lo contrario, venían depresiones y cuando se acababan los dólares, había que regresar al parque” (33). La ruptura con su sexualidad contiene fuertes resonancias con el aspecto social de la Mérida de su juventud, ciudad que aparentemente resguarda una actitud conservadora pero que al mismo tiempo es copartícipe del turismo sexual, mecanismo que los turistas extranjeros aprovechan: “Debido a mi juventud y a la natural sensualidad que derramaba, algunos turistas me acosaron sin conseguirme” (34). Su condición de prostituto lo orilla a descubrir diferentes subterfugios de la comunidad gay, no solamente a través de su propia configuración psicológica, sino de la de otros como lo es el caso de su primer cliente: Mike, el siquiatra canadiense.

Didier Eribon se refiere en su libro *Reflexiones sobre la cuestión gay* (1999), bajo el término de melancolía, al proceso de sufrimiento que algunos homosexuales experimentan al ceñirse a la idea de que jamás tendrán una familia convencional, sobre todo hijos (60). Fuera de este escenario, la melancolía también se esboza como un elemento constitutivo de la comunidad gay por medio de la sensación que se tiene de no poder pertenecer a ningún espacio fuera del margen antepuesto por el sistema

patriarcal. Aquí no se trata de una afrenta contestataria que pretende derrocar ningún modelo identitario (el travesti, el macho gay, etc.), sino de un modo existencial con el que algunos gays conviven día a día: la tristeza interna. Además del propio Narveli, la representación de Mike entrevé una soledad continua ligada a la homosexualidad como se detalla en *El pasado...* cuando éste es rechazado por Narveli: “Durante el trayecto, a pasos lentos por la costera, insistió en llevarme a su habitación, se le notaba inquieto, ansioso por un entendimiento físico. Le tuve que inventar que me esperaban en mi casa, que era necesario despedirnos y que le agradecía haberme invitado a tomar la copa en el bar. Entonces demostró su terrible soledad de turista gay” (48). La imagen proyectada por Mike trastoca la columna vertebral de la conciencia homosexual forjada por un carácter melancólico que hace inminente la necesidad de seguir cuestionando los modos de relacionarse. Así, bajo la “terrible soledad” que Rodríguez Cetina atribuye a Mike, se logra matizar otra de las piezas esenciales, descubiertas poco a poco, y que conforma el enorme rompecabezas de lo que representa la comunidad gay.

Citaré para terminar y un poco a guisa de conclusión un párrafo del libro de Eribon que recoge las palabras de Foucault al ser entrevistado en 1981 en cuanto al carácter biográfico de su obra:

Cada vez que he intentado hacer un trabajo teórico, ha sido a partir de elementos de mi propia experiencia: siempre en relación con procesos que yo veía desarrollarse a mi alrededor. Emprendía esa tarea porque creía reconocer en las cosas que veía, en las instituciones de que me ocupaba, en mis relaciones con otros, resquebrajaduras, sacudidas sordas, disfunciones: algún fragmento de autobiografía [...]. Mis libros son mis problemas personales con la locura, la cárcel, la sexualidad. (353-354)

Tanto en Foucault como en Rodríguez Cetina se deja ver que “para que haya pensamiento, tiene que haber crisis (Eribon 353), aunque el carácter de sus obras sea diferente (filosofía vs relato autobiográfico). No obstante, el trabajo de Rodríguez Cetina hereda de la obra foucaultiana el compromiso con la causa gay, así como el aspecto autobiográfico que pone al descubierto el planteamiento sobre qué es la comunidad gay desde adentro, es decir, desde la acera de la gayday y no desde afuera como ha pretendido hacerlo desde hace mucho tiempo la mayoría heteronormada.

Obras Citadas

Araujo Mondragón, Benjamín. “Raúl Rodríguez Cetina 1953-2009 (qepd).” *Generación Empírica: Revista de arte, cultura, actualidad y amistad*, 6 sept. 2010. Web. 24 julio 2012.

Eribon, Didier. *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Trad. Jaime Zulaika. Barcelona, Editorial Anagrama. Impreso.

Foster, David William. *Gay and Lesbian Themes in Latin American Literature*. Austin: U of Texas P, 1991. Impreso.

- Griffith, Vivé. "Writing to Heal: Research Shows Writing about Emotional Experiences Can Have Tangible Health Benefits" *Feature Story: The University of Texas at Austin*, 10-17 Jan. 2005. Web. 24 julio 2012.
- Léjeune, Philippe. *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid, Megazul-Endymion, 1994. Impreso.
- Marquet, Antonio. *El crepúsculo de heterolandia: mester de jotería: ensayos sobre cultura de las exuberantes tierras de la nación queer*. México: UNAM-A, Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, 2006. Impreso.
- . *¡Que se quede el infinito sin estrellas! La cultura gay al final de milenio*. México: UAM-A, Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, 2001. Impreso.
- Monsiváis, Carlos. *Que se abra esa puerta: Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual*. México: Paidós, 2010. Impreso.
- Packman, Marcelo. "Investigación e intervención en grupos familiares: Una perspectiva constructivista." *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Editorial Síntesis, 1999. Impreso.
- Peña Sánchez, Edith Y., Lilia Hernández Albarrán, y Francisco Ortiz Pedraza. *La construcción de las sexualidades: Memorias de la IV semana cultural de la diversidad sexual*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2009. Impreso.
- Pérez, Diana. "El poder reconstructivo de la escritura autobiográfica." *DEMAC: Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.*, April 2011. Web. 24 julio 2012.
- Ramírez, Liliana. "La autobiografía como des-figuración." *Texto y Contexto* 28 (1995): 189-208. Impreso.
- Rodríguez Cetina, Raúl. *El desconocido*. México: Plaza y Valdés, 2007. Impreso.
- . *El pasado me condena*. Mérida, México: Ayuntamiento de Mérida, 2009. Impreso.
- Rodríguez, Francisco. "El género autobiográfico y la construcción del sujeto autorreferencial." *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* 26.2 (2000): 9-24. *MLA International Bibliography*. Impreso.
- Schneider, Luis Mario. *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*. México: Nueva imagen, 1997. Impreso.
- Villanueva, Alfredo. "Machismo vs. Gayness: Latin American Fiction." *Gay Sunshine* 22 (1976): 29-30. Impreso.